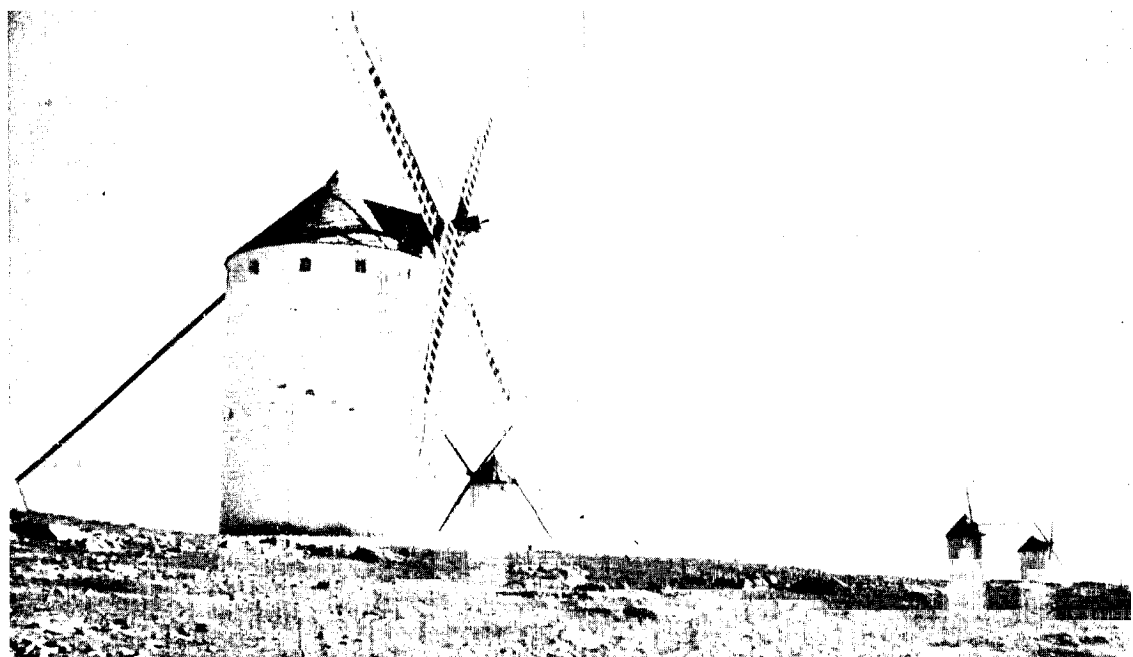


Los molinos de Don Quijote  
en el cielo de Holanda

por

**Justo DIAZ VILLASANTE**  
**Juez de Villarrubia de los Ojos**

*Molinos de viento del Campo de Criptana, en la provincia de Ciudad Real. (Foto Salas.)*



**Y**

ENDO desde la Mancha, en España, de la sequedad casi total, nos encontramos en Holanda con el fenómeno del agua que, en tan gran manera determina la psicología de ese pueblo tan bonito, tan de cuento de hadas.

No se pueden oponer más radicalmente dos visiones del paisaje y dos actitudes ante la vida: el mar y la lluvia, la tierra infinita y el sol. Pero un símbolo: el molino, surgido como de la nada, aparece en ambas llanuras: en la Mancha, apenas sin un árbol, y en la planicie toda verde, suave, casi sin contrastes contradictorios, multicolor, variopinta de tulipanes, de rosas, de mimosas, de nenúfares y de madre selvas, de Holanda. Los canales que cruzan y bordean aquellas ciudades de más rancia solera, de valor más puro que retupen el alma de sus habitantes como en la vieja Delft, en la universitaria Leyden y en la universal Amsterdam, apenas si en España asoman. Aquel paisaje es también a la manera del nuestro, un paisaje del alma, como diría don Miguel de Unamuno.

Cuando se entra en Holanda, yendo de España, el es-

píritu sufre una fuerte y suave sacudida a la vez. Lo que a primera vista *vemos* no se parece en nada a lo que hemos dejado de ver; todo es distinto y, sin embargo, todo se va a ir pareciendo poco a poco.

¿Qué vemos en Holanda? Desde niños, como en un cuento de hadas, precisamente, nos han dicho que Holanda tiene molinos de viento, tulípanes, aldeanas con zuecos y cofias y holgadas faldas oscuras, vacas en los prados y que todo es verde, verde. Nos dicen que el paisaje holandés no es sólo éste, sino otro: el del alma, el del esfuerzo; el del holandés que arrebató la tierra al mar, que tiene casas hermosas y una familia, con encantadores niños rubios, de ojos azules, como muchos niños españoles; que sufre, que ríe, que llora y que es feliz también como los españoles.

Holanda figura en la filosofía, en la pintura, en la jurisprudencia; una casi idéntica concepción del derecho de gentes que va a hacer que Grocio sea para nosotros tan familiar como Suárez y Vitoria y tan importante y tan universal. Creo que nada ha desdibujado —ni la lluvia ni el sol— todo lo que tienen de común holandeses y españoles en las empresas del mar y que son dos pueblos muy afines en la concepción de aquél derecho, nacido un tanto por los descubrimientos geográficos; ellos y la escuela española del siglo XVII sólo querían una cosa: crear una familia universal y cristiana sin ninguna discriminación, ni siquiera en cuanto al lenguaje de Don Quijote. ¿Por qué de Don Quijote y no de Cervantes? ¡Ah!, porque Cervantes no se puede explicar sin Don Quijote. Don Quijote, síntesis de lo temporal y lo eterno, existe para que Cervantes pueda escribir de él —escribirle—. Don Quijote no es sólo una creación literaria, es una realidad. Sin él no se podría explicar el pueblo español, aparentemente contradictorio, pero constituyendo una unidad maciza como el molino.

Para seguir explicándonos el paisaje holandés tenemos que contar con la luz; parece que en Holanda no haya luz o que la luz esté obnubilada, que sólo se viva en penumbra, pero nada de esto es exacto de una manera absoluta. Cuando se contempla "La lección de Anatomía", de Rembrandt, el fenómeno luminoso es impresionante, la luz interior del

pintor se ha hecho realidad, como en Velázquez: en ambos realidades objetivas.

Todo este "complexus" del paisaje holandés tiene un símbolo: el molino. ¿Por qué el molino puede ser un símbolo del espíritu? ¿Qué semejanza puede haber entre los molinos holandeses que despiertan dulces imágenes femeninas y los nuestros: altos, secos, blancos fantasmas de cal subidos sobre un risco? ¿Qué identidad podemos encontrar entre los molinos de la verde Holanda, contruídos con el fin de sacar el agua de la tierra para desecarla, y los molinos españoles, levantándose precisamente por la sequía de la tierra, devanando aires y sol? No olvidemos que Don Quijote, alto, seco, blanco, se enamoró de Dulcinea, una imagen femenina —una imagen—, y que emprendió la batalla contra los molinos, acometiéndolos, como veremos después, por espíritu de justicia, para restablecer la ley ética, la luz de la belleza moral.

He aquí que de pronto —capítulo VII del Quijote— descubrieron treinta o cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo, el Campo de Criptana, nuestro blanco pueblo de España, que en la geografía española limitaba por el NO. con el saliente del término de Alcázar de San Juan, y así como Don Quijote los vió dijo a su escudero: "ves allí, amigo Sancho, donde se descubren treinta o pocos más desaforados gigantes con quienes pienso hacer batalla y quitarles a todos las vidas con cuyos despojos comenzaremos a enriquecer; que ésta es buena guerra y es para servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra".

Tenía que ser realmente impresionante el espectáculo y el zumbido de las aspas de los molinos cuando Don Quijote se asoma a la llanura de la Mancha y sin inmutarse, decide acometerlos; son para él en aquel momento —ya lo hemos visto por sus propias palabras— cuarenta gigantes con sus brazos desplegados al viento. "Es la aventura de los molinos de viento que a vuestra merced le parecieron gigantes", contesta el bachiller Sansón Carrasco en la parte segunda, capítulo III de Don Quijote, cuando éste le pregunta por sus hazañas.

"Hay en la sierra, junto a la villa, muchos molinos de viento"; según el catastro del Marqués de la Ensenada del

año 1752, ascendían a 34 con sus nombres, los de sus dueños, la distancia que había de la villa a ellos por pasos, unos a cien pasos, otros a ciento cincuenta, otros a trescientos, etcétera, y hasta consta el importe de la contribución de ellos, que rebasa los 12.000 reales al año.

Hablemos del sentido profundo de la batalla, tan desigualmente librada contra los cuarenta molinos por el Caballero del Ideal, un ideal por el cual en la vida se aspira a ser, no a estar, a actuar, no a permanecer. Pero es "buena guerra y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de la faz de la tierra".

Un documento de entonces del Campo de Criptana relata la queja de una mujer al Alcalde por la maquila que de una fanega de trigo le había hecho un molinero, y llamando el Alcalde al molinero le pregunta: "¿qué es lo que maquilas?". Y el molinero contesta: "la costumbre"; "¿y qué es la costumbre?"; "lo de siempre"; "¿y qué es lo de siempre?", "pues lo que maquilan todos". El molinero, como se ve, no aclara lo que maquiló y entonces el Alcalde le castiga con que devuelva a la mujer una fanega de trigo de buena clase y que en lo sucesivo no abuse. Se ve claro que los molineros solían ser algo informales, aunque claro está, no todos...

*Veinticinco molinos  
hay en la sierra,  
veinticinco ladrones  
andan por ella.*

*Gastan las molineras  
ricos collares  
con el trigo que quitan  
en los costales.*

Y como la moralidad de los molineros dejaba bastante que desear, Don Quijote, que conocía muy bien sus tretas y sus picardías, los iba a raer de la faz de la tierra...

Pero Don Quijote cae a tierra derribado por las aspas del primer molino que acomete. ¿Es posible considerar que cae vencido? Si damos a la victoria y a la derrota de los

hombres su auténtico sentido veremos que Don Quijote cae de su caballo Rocinante; pero no vencido. Sólo podemos considerarnos vencidos cuando lo estamos desde dentro de nosotros mismos.

Los molinos hoy muelen muy poco y hay molinos que no muelen. El molino de viento es un símbolo; las grandes fábricas de harina, con sus trepidantes máquinas, le han dejado, aparentemente, inútil. Pero el molino que muele —por la especial disposición de sus ruedas de piedra y a diferencia de la fábrica— muele el trigo con su virtud. ¿Y qué es el trigo con virtud? En los campos de Castilla, en las llanuras de la Mancha, cuando se elevan erectas las espigas ante el estío, los labradores dicen: “este trigo tiene virtud”. La palabra virtud se deriva de la latina “virtus” que significa energía, poder; este trigo tiene virtud, es decir, está granado. La harina que muelen los molinos al triturar el grano completo conserva su virtud, incluso espiritualmente hablando. Todo es espíritu y el cuerpo es una expresión del alma; se come, además, con el espíritu.

La falta de ríos en la Mancha, una de las provincias españolas más escasas de agua, produce la necesidad de usar de los molinos de viento —ya existían los molinos holandeses— que son tan frecuentes en ella, pero su introducción debió preceder poco tiempo a la edad de Cervantes. Anteriormente la mayoría de los pueblos no tenían sino molinos hibernizos en los arroyos que corren por sus términos durante la estación de las lluvias y se secan en el estío. En las Relaciones Topográficas que se formaron por los años de 1570 a 1575 por orden de Felipe II y de que existe parte en los manuscritos de El Escorial se encuentran noticias circunstanciadas de la escasez de agua que padecían los manchegos. El Záncara, uno de los arroyos o riachuelos más considerables de la provincia, sólo corrió desde el año 1505 hasta 1545.

Esta penuria les obligaba a acudir a los molinos de los ríos perennes que solían estar a distancias considerables: al Guadiana, al Tajo, al Júcar. Esto prueba concluyentemente que entonces no se habían introducido todavía los molinos de viento. A diferencia de los molinos holandeses que ya desecaban la tierra y que miraban al mar como una horizon-

talidad de la existencia, los españoles más tarde vendrían a ser como estrellas, como la Vía Láctea, mirando al cielo como una verticalidad de la vida.

“¿Qué es un molino de viento?”, pregunta un niño en la escuela. “Un molino de viento es —explica el maestro— una torre muy alta con tejado rojo que termina en punta, como los gorrós de los nigromantes y que tiene por brazos cuatro aspas que el viento hace girar y que al girar mueven el corazón del molino que es donde se muele el trigo.”

Hoy España ha levantado cuatro molinos de viento más en la sierra de Campo de Criptana al lado del “Infanto”, el “Burlapobres” y el “Sardinero”. Son los molinos que no muelen: el “Quimera”, Museo de Chile; el “Pilón”, Museo de la Argentina; el Museo de los Sanchos, el Museo de Don Quijote que vienen a alterar la monotonía de las grandes masas de la arquitectura moderna, a no moler, a ser inútiles, como el quinto que, como homenaje a Holanda, tendiendo sus brazos, sus aspas, se alza mirando al Cantábrico en Guecho, Bilbao, y se llama “Aixerrota”. Es un jalón en el volar de las aspas, entre los molinos lejanos y los próximos, de Norte a Sur, desde las hundidas tierras holandesas a la alta meseta manchega; tiene la silueta de los holandeses aunque está hecho de piedra como los españoles.

¿Qué significa, por otra parte, un molino de viento en la vida del hombre de nuestro tiempo? Significa el afán de volar, de romper con las aspas desordenadamente el orden casi perfecto que busca la sociedad planificada de nuestros días.

Hoy entramos en nuestra casa moderna y casi instintivamente damos a la llave de la luz y toda la estancia se ilumina; damos a la llave del baño y tenemos en seguida el confort, el agua caliente y fría; damos a la llave del aparato de televisión y magníficamente contemplamos los acontecimientos del mundo simultáneamente a su vivencia; entre tanta posible perfección, exclamamos: “¡qué maravilla!”, “¡qué maravilla!”. Y, sin embargo, esta riqueza —como dice el pensador—, esta comodidad ¡qué pobreza está engendrando! Se está tendiendo a suprimir el esfuerzo, el espíritu de sacrificio, el estilo de lo sencillo, anulando la vida interior, la que nos hace, por el choque de la realidad, inundar de ri-

quizá la vida exterior; en nosotros mismos está la maravilla, pero dentro de nosotros mismos y el molino en su rústica construcción nos enseña la virtud del trigo porque no sólo de pan vive el hombre, sino del eterno alimento. Las alas del molino son como las del hombre: baten el viento, pero no llegan al cielo. ¿Quién lo impide? Dulcinea, la imagen de que se enamora Don Quijote. La idealización de Aldonza Lorenzo, de las aldeanas con grandes faldas oscuras, cofias y zuecos y de las que llevan pañuelo y falda multicolor. El amor femenino, sin déficit de ternura, nos envuelve en una atmósfera sutil, encantadora, pero tiene, como decía Ortega, una específica misión: cortar las alas al hombre para impedirle que vuele y que llegue a ser arcángel.

He aquí cómo la imagen de Dulcinea y la del molino se yuxtaponen. En ambas aventuras salió descalabrado Don Quijote: los molinos no eran gigantes, sino aspas que cortaban el espacio y Dulcinea, la transformación de Aldonza Lorenzo, que olía a ajos. Pero de ambas aventuras, contristado, sale Don Quijote con el fuego del espíritu intacto, cabrilleando como las aguas del hontanar, para hacernos eterna la figura de Alonso Quijano, el Bueno.

*“Sed buenos, y no más  
sed lo que he sido entre vosotros: alma”*,

nos dijo don Antonio Machado.

Los molinos de viento, símbolo y sueño de una tierra calcinada por el sol y de otra que gana al mar su propio derecho a vivir; ellos alegran nuestros paisajes, los caracterizan y los comunican. Son hoy, en la era de la prisa y del ruido, exactamente lo contrario: la lentitud y el silencio, la paz y el ensimismamiento.

El molino de viento está todo él hecho de una pieza, sin compartimentos estancos, sin especialidades divorciadas de una visión y un entendimiento completo de la vida; el molino de viento no es únicamente el gigante que vió Don Quijote, no es el instrumento del molinero informal, sino por el cual va a emprender Alonso Quijano la batalla por la Justicia.

La Justicia, dice Menéndez Pidal en su “Introducción a

la Historia de España”, por sí sola nos explicaría el bienestar público, pero no el gran florecimiento de un país. Tenemos que especificar qué otra particularidad decisiva reviste la acción política... y para aislar entre las cualidades que hay que atribuirle aquella que puede ser causante del extraordinario éxito de totalidad no podemos fijarnos sino en una: *el espíritu selectivo* que, al fin y al cabo, no es sino un modo de justicia, es decir, un ideal pleno, armónico, en el que no sea sacrificado ninguno de los valores humanos.

Seamos amigos de los molinos: llevémoslos en nuestro corazón: aquéllos y éste son movimiento, el movimiento del tic-tac del reloj, el camino de la estrella, sin prisa y sin pausa. Al fin y al cabo son un símbolo del amor; tampoco el amor es auténtico si no es elevado y profundo, si no bate los aires como los molinos de España y saca de la tierra las raíces profundas como los molinos de Holanda; si no crea una nueva vida, un nuevo niño que juegue y que ría y que tenga conciencia de que un molino de viento es un molino de verdad